

José María
RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ

**BAILAR
CON LA
SOLEDAD**



Índice

Portada

Créditos

Introducción

Primera parte: La soledad, esa amante inoportuna

1. Archipiélago humano

2. Todo por una caricia

3. Rasgos de la soledad

3.1. Una compañera de viaje con muchos rostros

3.2. ¿Hay recetas para la soledad?

3.3. Soledad en medio de una muchedumbre. Encuentros en el desierto

3.4. Una soledad que es caricia, otra que muerde

Segunda parte: Motivos para la soledad

4. Algunos motivos personales

4.1. Viviendo solos

4.2. No hay nadie como yo. Cuando las biografías se vuelven líquidas

4.3. Yo me lavo las manos. La tentación de la inocencia

4.4. Fachadas y trastiendas. ¿Por qué a todos les va mejor que a mí?

4.5. Las comunicaciones incompletas. La soledad de las relaciones sin alma

5. Algunos motivos mediáticos. La sociedad de la (in)comunicación

5.1. ¿Por qué ya no hablamos como antes?

5.2. La comunicación como batalla

5.3. 5.000 amigos

5.4. A la caza del «like»

6. Algunos motivos existenciales. Tres grandes heridas contemporáneas

6.1. La herida del amor. Deshojando la margarita

6.2. La herida de la muerte. No hablemos de eso

6.3. La herida de la fe. El misterio de un Dios silencioso

Tercera parte: Bailar con la soledad

7. «Joven, decídete, no se puede ser todo en la vida»

8. Baile de expectativas

9. ¿Qué hay de lo mío? Espejos o ventanas

10. Operación fracaso

11. Eres hermoso

12. Los zapatos del otro. Juicios y prejuicios

13. Hay que empezar a tomarse en serio a sí mismo

14. Bailar con la muerte

Cuarta parte: Encuentros

15. La tribu

16. Tu gente

17. Bailando solo

18. Vida interior. ¿Hay alguien más ahí?

Conclusión: Dos imágenes para terminar: cicatrices y fronteras

Notas

JOSÉ MARÍA R. OLAIZOLA, SJ

Bailar con la soledad

SAL TERRAE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la red: www.conlicencia.com o por teléfono: +34 91 702 1970 / +34 93 272 0447

© Editorial Sal Terrae, 2018
Grupo de Comunicación Loyola
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria) – España
Tfno.: +34 94 236 9198 / Fax: +34 94 236 9201
info@gcloyola.com / www.gcloyola.com

Imprimatur:

† Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander
30-11-2017

Diseño de cubierta:

Félix Cuadrado Basas

Edición Digital

ISBN: 978-84-293-2708-3

*Con gratitud,
a quienes, a lo largo del camino,
me habéis enseñado a bailar
con la soledad y con la gente,
con la tormenta
y con la calma.
A todos los que alguna vez
habéis sabido
acariciar
las cicatrices
y compartir las risas.
Que no pare la música.*

Introducción

Una de las experiencias más universales y más humanas que podemos tener es la soledad. Es una peculiar compañera de camino. Un sentimiento complejo, que a veces trae paz, pero en otras ocasiones nos abruma, sin que sepamos bien qué hacer con eso que remueve en nosotros. Todos nos sentimos solos en algunos momentos. Eso no significa necesariamente que nos sintamos mal. En ocasiones la soledad es buscada, hasta anhelada. En esos casos la ausencia de vínculos más inmediatos, la distancia con otros o el silencio, lejos de ser algo opresivo o amenazador, se convierte en escenario apacible en el que transcurre nuestra vida. Pero hay momentos en los que, lejos de ser vivida con esa tranquila aceptación, la soledad muerde, porque ni la deseamos ni sabemos qué hacer con ella.

¿Quién no ha experimentado, alguna vez, ese zarpazo de la soledad? Esa que no queremos, que llega inesperada e indeseada. Esa que nos hace revolvernos, entre furiosos y abatidos, buscando, imaginando, anhelando una palabra amiga, un abrazo protector, un hombro donde recostar cansancios o penas. Esa que contiene inseguridades sobre la propia valía, culpas por decisiones que no te atreves a compartir con nadie, miedos que te asaltan, aunque te parezcan ridículos, y que por eso mismo no eres capaz de revelar a otros. Esa que añora un café compartido, unas risas sanadoras, una caricia o una conversación afable con quien sabemos que nos quiere. Esa que te exaspera, cuando pasas horas mirando una y otra vez los buzones de entrada o tus perfiles en las redes sociales, a ver si hay un mensaje, una señal, una llamada o una respuesta que no termina de lle-

gar. Esa que lo mismo se presenta en un escenario lleno de gente, cuando no tienes ni un instante para ti, que en un espacio vacío, en el que silencio y desierto amenazan con su enormidad. Esa que nos deja una sensación de orfandad y de vergüenza cuando se adueña de nuestro horizonte. Orfandad, porque nuestro corazón lamenta la ausencia de alguien que pudiera acompañarnos. Vergüenza, porque parece que la soledad certifica tu fracaso, tu incapacidad para el encuentro. «Algo tendré, para no tener a nadie cerca», termina siendo la cruel e injusta conclusión con la que uno se flagela. Entonces te buscas las vueltas, te sacas los defectos, te enfadas con el mundo, contigo mismo, con Dios. Entonces intentas disfrazar la soledad de indiferencia. Encoges los hombros, te revistes de dureza, disfrazas la frustración tras una máscara de humor, de frialdad o de ocupación, o te vas refugiando en pequeños sucedáneos que te ayuden a llenar las horas y los huecos. Pero ahí sigue ella, merodeando, mordiendo, y de vez en cuando removiendo de nuevo tus cimientos.

Esa soledad, difícil compañera en algunas etapas del camino, es inevitable en distintos momentos y situaciones vitales. Pero podemos aprender a bailar con ella. No es el fin del mundo, ni es una señal de fracaso. Es, tan solo, otra música que forma parte de la banda sonora de la historia y de la vida. Y, aunque no lo creas, está en todas las historias, y en todas las vidas, por más que en cada una se presente de maneras diferentes.

Hay, en el ser humano, un ansia profunda de encuentro, de cercanía, de intimidad y pertenencia. Ser persona es ser en relación. Esas relaciones nos definen y nos sostienen. Nadie se entiende a sí mismo sin trazar alrededor un mapa de nombres y afectos. Somos personas porque somos amigos, madres, maestros, amantes, hijos, jefes, discípulos, médicos, pacientes, compañeros de una comunidad, colegas, enemigos, parejas... No todas las relaciones tienen la misma entidad, ni todas significan lo mismo. No todas llenan el vacío de la soledad de idéntica forma. Cuanto más acceso-

ria o menos significativa sea una relación, menos influye en esta vivencia tan íntima y profunda. Hay relaciones que, sencillamente, no colman nuestra necesidad de encuentro y pertenencia. Pero hay otras que sí. Quizás sean un círculo más restringido en la propia vida, pero, quien más, quien menos, todos tenemos algunos nombres grabados a fuego en nuestra historia.

Soledad y encuentro no son enemigos. Son, más bien, dos dimensiones de nuestras vidas, de todas las vidas. Solo que hay que aprender a conocerlos. Especialmente a la soledad. Para que, lejos de ser una carga o una amenaza, se convierta en oportunidad y escuela. Porque en ella podemos encontrarnos, a nosotros y a los otros. Porque, lejos de comernos la moral y agotarnos las fuerzas, la soledad puede ser aliada en esta batalla fascinante y compleja que es la vida. Solo hay que aprender a escuchar una música diferente que nos permita bailar con ella. Una música hecha de aceptación y deseos, de lucidez y consciencia, de memoria y esperanza, de fe y tormentas. Todo eso está en este libro. La soledad y el encuentro. El silencio y la música.

Me gusta la imagen del baile. Es una buena metáfora de otras muchas formas de relacionarnos. Por eso la he escogido para guiar este recorrido. A menudo pienso en el mundo como un lugar habitado por la música. Músicas diferentes. Sonidos que, cuando aprendemos a escucharlos, nos ayudan a movernos de una manera única y distinta. Música que nos invita a hacer de nuestros movimientos baile. A veces plácido, a veces agitado. A veces solitario, y otras en grupo.

En los Premios Óscar de 2008, el premio a la mejor banda sonora fue para Dario Marianelli por su brillante composición para la película *Expiación*. Probablemente su mayor genialidad, que hizo que el compositor italiano ganara los principales galardones de aquella temporada, fue convertir en música el sonido de una máquina de escribir, y enlazar en la obertura el tecleo de esa máquina y las notas de un piano. La protagonista, Briony, una niña, escribe su

primera obra de teatro. El ruido vertiginoso de las teclas contra el papel se convierte en música intensa, casi ansiosa, y esa melodía es el reflejo de la mezcla de emociones de la cría: su agitación, su prisa, su perfeccionismo, su demanda de atención. Esa va a ser su música. Gestada en los ruidos más cotidianos [1]. Todos tenemos como una banda sonora propia, en la que encajan nuestros ruidos, palabras, silencios, ritmo, sentimientos, y encuentros.

He querido aludir a la música y el baile en distintas ocasiones. Incluso, acompañando algunas explicaciones, como acabo de hacer en el párrafo anterior, propondré escenas que pueden ilustrar lo expuesto. Son fragmentos de películas y cortometrajes que voy citando para ejemplificar lo que estoy contando. No siempre se pueden encontrar en internet, pero en muchos casos sí están disponibles. Por ello, cuando se pueda, propongo en las notas vínculos a esas escenas. No son imprescindibles para seguir el desarrollo de la reflexión. Pero pueden ofrecer otra manera de leer, una forma en la que la imagen enriquezca a la palabra. Si veis que os pueden servir, no dudéis en ir alternando lo que cuento con esos vídeos.

No pretendo exponer, en estas páginas, todo lo que se puede decir sobre la soledad. Primero, porque soy consciente de que es algo que me desborda. Estoy seguro de que ni una biblioteca entera bastaría para ello. Tampoco quiero generalizar y convertir en norma lo que, en muchos casos, son vivencias particulares. Lo único que me gustaría es compartir una reflexión y ayudar a que tú, que lees estas páginas, la continúes, la enriquezcas, la puntualices o la completes con tu propia memoria, tus experiencias y tu recorrido. Seas joven o mayor, seguro que te encuentras reflejado en algún momento en estas vivencias. Ojalá ayuden a poner música –que es sentido y horizonte–. En la soledad. Y en la vida.

PRIMERA PARTE:

La soledad, esa amante inoportuna

Es Joaquín Sabina quien, en una de sus canciones más célebres expresa, con universal sentimiento: «Y algunas veces suelo recostar / mi cabeza en el hombro de la luna / y le hablo de esa amante inoportuna / que se llama soledad». Es una expresión bonita, que conjuga el afecto y la distancia, el amor y el dolor, la caricia del amor furtivo, deseado y pasional y el disgusto de lo indeseado. Algo de eso nos ocurre con la soledad. Nos ronda, y es a veces aliada y otras veces adversaria. Nos inspira, pero también nos paraliza. A veces se busca y se necesita, pero en otras ocasiones se detesta, y despierta un grito que es más agobiante porque no parece haber nadie para escucharlo.

En los próximos capítulos intentaré empezar a describir la soledad. Como quien va desbrozando un terreno, preparándolo para la siembra. Voy a tratar de mostrar cómo en todas las vidas puede haber soledad. Pero también cómo es diferente para cada uno de nosotros.

1.

Archipiélago humano

Un libro muy popular del conocido monje católico Thomas Merton tiene uno de los títulos más seductores que se pueden encontrar: *Nadie es una isla* [2]. Cuatro palabras que se convierten en promesa. ¿Qué esperamos encontrar tras ese encabezado? Seguramente, una mirada capaz de descifrar los vínculos que nos unen a las personas entre nosotros y, desde la fe, con Dios.

No queremos ser islas. La palabra *aislado* casi siempre trae resonancias negativas. Se aísla a los indeseables, a los impuros, a los que padecen alguna enfermedad contagiosa. Se aísla a los débiles en un mundo de alianzas y prestigio. Se aísla a los parias, a los culpables, a los que merecen un castigo.

¿En cuántas películas sobre cárceles hemos visto que el peor de los correctivos es la «celda de aislamiento»? En ella, la distancia con el resto de los internos, la incomunicación, el silencio y la soledad del prisionero se vuelven un enemigo peor que los golpes o las amenazas. El castigado tiene que lidiar con la ausencia de palabras, con una prisión aún más dura que la celda, como es el no tener alguien con quien compartir el sufrimiento. ¿Quién no recuerda el heroísmo épico del coronel Nicholson (Alec Guinness), en la primera parte de *El puente sobre el río Kwai*, resistiendo el encierro al que lo someten los japoneses, en condiciones verdaderamente adversas, y venciendo, al fin, tras conseguir no sucumbir al desaliento o la locura? Otra película, en este caso la argentina *El secreto de sus ojos*, jugaba hace unos años con la idea del aislamiento como castigo, propo-

niendo como la más refinada venganza el encierro en soledad y de por vida. Aislar al rival, al enemigo, al adversario, privarlo de vínculos, de conversación o de interacciones de cualquier tipo se convierte en una estrategia que solo puede conducir a su aniquilamiento. «Por favor, pídale que, aunque sea, me hable», suplica –en una escena estremeceadora– un hombre condenado durante largos años a la soledad más absoluta. Ya no pide que lo liberen. Tan solo que alguien le diga a su captor que al menos le dirija la palabra [3].

El aislacionismo nos parece una mentalidad excluyente, que solo convoca distancias y barreras, y a largo plazo conduce a la incomunicación.

Por todas esas razones, que alguien como Merton nos diga que nadie es una isla contiene implícita una promesa. Por muy solo que puedas sentirte, ha de haber algún espacio, algún ámbito, algún resquicio por donde poder aferrarte a los otros, o al Otro.

No ser una isla significa tener acceso a otros importantes. Significa que alrededor, cerca, por alguno de tus extremos, hay vínculos irrompibles, alguna franja de tierra –afecto, amor, pasión, implicación de algún tipo– que te une a alguien con quien puedes vivir, charlar, amar, confiar, comunicarte y bailar.

Sin embargo, a la afirmación de Merton habría que oponerle la contraria. No para desautorizar al monje, que es profundo, brillante e intuitivo en su conocimiento del ser humano y de la fe, sino complementando lo que dice. Al tiempo que podemos afirmar que nadie es una isla, sería justo señalar que, de algún modo, todos somos islas. Hace años, escribía en la revista *Vida Nueva* una columna quincenal. Los temas eran diversos. Podía escribir sobre sociedad, cultura, Iglesia, alguna noticia del momento o cuestiones un poco más intemporales. De vez en cuando, algún lector me enviaba al correo un comentario sobre lo escrito, en ocasiones para mostrar acuerdo, y otras veces para puntualizar o discutir alguna afirmación. En todo caso, no era muy